

este. ¿Qué ha de ser de mí entre tantos condenados y tan pocos santos y bienaventurados? Cuando uno solo se hubiera de condenar y los demás salvarse, era cosa temerosísima, como lo fué á los apóstoles cuando oyeron que uno dellos había de vender á su Maestro; ¿cuánto mas siendo tan pocos los que se salvan?

El primero y mas principal consuelo para esta melancolía es una de las razones della, que es haber de ser juzgados por nuestras obras; porque, si este pensamiento da pena y fatiga á un hombre pecador y contento con la miseria de sus pecados, confieso que no tiene consuelo, sino razon de desconsolarse mucho, porque sin duda le vendrá lo que teme; ni quiero saberle aunque le hubiera, porque ni en el infierno le hay, donde le esperan, ni acá quiere Dios que le haya, sino espantos que le encaminen á su conversion, que no es de las menores misericordias que Dios usa en el mundo; que para eso dice el apóstol san Pablo que los pocos que entraron en la tierra de promision eran figura de los que se salvan, y dice que fué escrito para nuestra doctrina y escarmiento de los que vivimos en el fin de los siglos; pero si son gente que, hecha penitencia, considerada la multitud y gravedad de sus pecados, y la priesa y diligencia que muchos siervos de Dios se dan á ganar el cielo, y á la poca porfia y envidia santa que ellos tienen á los que van delante, y que es Evangelio que son poquitos los que se salvan, para estos tales es el consuelo que aquí se pone, que para los malos seria nuevo desconsuelo; y es lo grande que cada uno ha de ser juzgado por sus obras, pues está en nuestra mano la libertad y ofrecido á ella el favor para hacellas buenas y merecedoras de la vida eterna. ¿Qué mayor consuelo que estar en tu mano lo que mucho temes y te desconsuela? Pues esto nos predica el mismo Evangelio que nos predica esotro, y la mesma Escritura vieja y nueva. A cada uno premiará Dios segun sus obras (dice David), y san Pablo, que cada uno llevará el premio segun su trabajo; y el Evangelio dice: Si quieres entrar á la vida guarda los mandamientos.

El segundo consuelo nos da san Agustin', tratando de aquella pregunta de los apóstoles, si son pocos los que se salvan; y su respuesta dice que muchos son los que se salvan; lo cual colige de las palabras del *Apocalipsi*, que vió san Juan una gran multitud de gente de bienaventurados, la cual ninguno sino Dios pudiera contar, de todas gentes, pueblos y lenguas, que estaban ante el trono de Dios, vestidos de estolas blancas y palmas en sus manos, que es haber lavado sus obras y dádoles valor con la sangre del Cordero, como luego allí se dice, y la palma la victoria de sus trabajos y pasiones de su carne; y esto después de haber visto los ciento y cuarenta y cuatro mil de los tribus de Israel, por los cuales se entiende tambien número grande y no determinado; á lo cual podemos ayudar con lo que el Salmista dice, que los amigos de Dios los tiene él gran respeto, y que son tantos, que cuando se parase ó se atreviese él á quererlos contar, se le multiplican como la arena de la mar. Y dice mas san Agustin', que cuando la Escritura dice ó da á entender que son pocos, que lo dice en comparacion de los que se condenan, que así comparados son casi nada; y esto es lo que dice san

Juan Crisóstomo, y lo de Esafas y san Pablo; y no dicen mas las revelaciones, porque santo hay que dice que si la Iglesia hubiese de rezar de todos los santos, habia para cada día mas de cinco mil de solos mártires, cuanto mas los que allá están sin haberse revelado á la Iglesia, que son santos. Y por eso algunos doctores, tratando de las palabras de Esafas, de los olivares y viñas, pareciéndoles sentencia muy rigurosa si se entiende de todos los hombres que han sido y serán desde el principio del mundo, dice que se entiende de los que se hallaren vivos el día que venga al juicio, donde habrá mucha malicia y muy resfriada la caridad; y así, no es maravilla. De manera que no hay cosa que tanto deba melancolizar, ni lo de Esdras, pues hablamos con quien desea ó procura hacer lo que allí dice que no hacemos, que haciéndolo, y junto con lo que allí dice que Dios ha hecho de su parte, no hay para qué desear no haber nacido, porque en nuestra mano está hacer lo que allí dice, por donde ganaremos todos la bienaventuranza; porque, aunque sean pocos los que se han de salvar respecto de los condenados, pero muchos son, y haciendo lo que debemos seremos dellos, aunque sean pocos; y con esto queda el bueno y deseoso de salud consolado, sin que importe que lo quede el que no lo es, sino que en eso comience su desconsuelo, en que perpetuamente, si no muda la vida, lo ha de vivir.

Pues ¿qué te melancoliza agora? Si quieres salvarte, en tu mano está con la gracia de Dios; si no quieres, ¿qué echas menos? Si piensas salvarte sin penitencia, engañaste y haces injuria á la ley de Dios y á los que la guardan. Enfádate y melancolicete tu mala vida, consuélote lo que Cristo padeció por tí, avergüencete la determinacion y alegría con que los demás caminan este camino sin tener mas prendas ni seguridad que tú, asegúrate con la palabra de Dios que te lo promete, y con lo que la santa esperanza te solicita de dentro, pues ni Dios es pobre de gloria ni escaso de ella, ni atado á tan corto número, que antes que tú llegues esté cumplido; haz lo que debes, y sírvele cumpliendo su ley con tanto amor, que cuando él se hubiese servido y tú te quedases fuera de su gloria (que no quedarás si le sirves), quedes contento con haber hecho el deber á lo que prometiste y profesas y él merece, que no fuera poca gloria, cuando otra faltara (que no faltará), pues está tu esperanza á tan firme y fuerte palabra arrimada.

DISCURSO X.

De los consuelos para los que se afligen con la duda de su predestinacion.

Aunque, como en el discurso pasado queda dicho, la materia dél y la deste sean muy parecidas, porque lo mesmo es tratar de cuán pocos se salvan y de cuán pocos son los predestinados, pues solos ellos se salvan, y la mesma tristeza y desconsuelo da lo uno que lo otro; pero todavía se trata con particulares razones lo uno y lo otro, porque bien pudieran ser pocos los predestinados y salvarse en nuestro tiempo muchos dellos, y al revés, y la pena de la duda de la predestinacion parece tener el remedio mas imposible; pero como quiera que sea, conviene tratarse lo que á ella toca en este discurso, porque hay algunos que se afligen mucho pensando

si están sus nombres escritos en aquel libro cerrado con los siete sellos del *Apocalipsi*; y con este pensamiento aflojan unos en el servicio de Dios, diciendo que ¿de qué sirve obrar si están ya allí otros? que ¿qué aprovecha matarse si no lo están? especialmente con lo que ellos mas entienden, que es la presciencia de Dios, la cual se les entiende ser infalible y cierta; y aunque se les diga y ellos sientan quedarles libertad en su albedrío, no acaban de entender cómo la tengan, supuesta la sciencia de Dios, que no puede faltar; porque algunas cosas de nuestra santa fe tienen esto, que apartadas cada una por sí se entienden, y juntas no tan bien, como tres y uno en la Trinidad, Dios y hombre, madre y virgen; así sciencia infalible de Dios, en lo que ha de ser de mí bien se entiende por sí, y así mesmo la libertad de mi albedrío; pero junto uno y otro se les hace difícil; y así, se arriman á lo que Dios sabe, aunque de predestinacion no alcancen lo que los sabios, los cuales, aun después de bien sabido lo que de ello hay escrito, suelen dar principio á sus tristezas y melancolias, sabiendo que hay número certísimo de quién y cuántos son predestinados para la bienaventuranza, y que para ello ni hubo favor ni hay mudar la lista, ni bastarán lágrimas ni ruegos para quitar ni añadir en aquel libro una sola persona á las que solo Dios sabe que hay; lo cual dejó Dios tan oscuro y tan reservado á sola su infinita sabiduría, porque aun así vivimos con tan poco recato y cuidado de cosa que tanto importa, como ser de los que les cabrán los mayores bienes, ó de los que los mayores males de cuantos hay criados, sin remedio ni esperanza dél para siempre jamás; ¿qué hiciera si cada uno supiera su suerte desde luego? Pero aunque tenga este secreto su buen por qué, no deja de poner en cuidado á los hombres y atormentar su alma cuando profundamente consideran que está ya comodada su sentencia última, á su parecer, sin que se haya tomado consulta con sus obras.

El consuelo desta congoja y aflicion no lo tomaremos de lo que parece decir san Jerónimo en algunos lugares, que todos los que tienen fe y son cristianos son los predestinados, y solos ellos; que si esto fuera verdad era harto consuelo para los que la tenemos; pero, demás de ser esto error grande y muy vecino á los herejes, que dicen que sola la fe basta para la salvacion, á san Jerónimo no le pasó por pensamiento tener ni enseñar tal falsedad, porque en los lugares que lo dice ó parece decillo, habla y refiere sentencias de otros, como el tiene de costumbre, para sacar en limpio las verdades. Lo cual parece porque lo contrario desto tiene el por tal en otros muchos lugares, donde enseña claramente que los malos y réprobos, aunque sean cristianos, irán al infierno; y si no, dime, ¿de dónde le nacian á este glorioso santo aquellos tan terribles miedos en medio de tan áspera penitencia, que decia que cualquier sonido, aunque fuese el de los platos cuando comia, pensaba que era la trompeta del cielo que llamaba á juicio, si sentia que todos los fieles eran predestinados, siendo él dellos? Lo cual quede dicho, porque si alguno encontrare alguno de los primeros lugares entienda su sentencia católica deste santo por estotros, donde habla enseñando, y no por sentencia de otros.

Antes del verdadero consuelo querría dar un consejo, así á letrados como á la gente que no lo es, y aun quisiera convertir en él el consuelo; y es, que no reparen en averiguar cosas tan antiguas y tan secretas del pecho de Dios, que él guardó y reservó para sí, sin querer dar parte á hombres, ángeles ni bienaventurados; sino que, entendida la voluntad de Dios, sabida su ley y la misericordia con que nos llama, convida y aun amenaza si no venimos á su gracia y gloria, andemos este camino y obremos sus mandamientos, fiados de su palabra y misericordia, pues ni puede creerse que nos engañe ni él arrisca algun interés en engañarnos. Gran loco seria el que, yendo á pié algun camino con gran fiesta, llegase á una fuente al pié de una sierra, fresca, clara, que parece que se viene á los ojos y convida con su frescura y refrigerio, sin estorbo de nadie, y él con toda su sed y cansancio no quisiese beber y refrescarse hasta saber dónde nace aquella fuente, y en qué peñas y por qué mineros viene, mayormente viendo que otros gozan de aquel bien sin esos cuidados ni curiosidades; lo mesmo puede juzgarse de un hombre que, cargado de miserias, caminando por este valle de lágrimas, necesitado del socorro del cielo, sin haber otro en la redondez de la tierra ni fuera della, y hallando una fuente de gracia, sacramentos, doctrina, consuelos, manjares, etc., se desconsuele y no quiera el refresco tan hermoso y rico sin saber primero la primera fuente de secreto de la predestinacion.

Lo segundo, cuanto toca á la presciencia y á la mesma predestinacion, sea lo que fuere, se advierta que ninguna fuerza nos hace para el mal, ni ninguna nos quita ni favor nos niega para el bien; antes nos esfuerza Dios á todos convidándonos con su favor y desengañándonos que sin él no podemos nada. Si pasase una procesion por una calle, el que desde una muy alta ventana la mirase, no por ver los que vienen atrás los hace fuerza á que anden y pasen delante; así Dios, que desde su eternidad mira nuestros tiempos, que á sus ojos están presentes, con los pasados y porvenir, y sabe y ve al Antecristo antes que venga, sin hacerle fuerza que venga ni sea malo, pero para ver cuán ignorante es el que hace aquella razon de que ya sabe Dios lo que ha de ser de mí, y que así no hay para qué fatigarme por obrar. Si dijese esto el que ha de sembrar, pelear, caminar, etc., lo mesmo podrás decir y pensar si Dios no lo supiese. Finge que no hay Dios que lo sepa, sino que todas las cosas están encaminadas á sus fines como salieren. Ya se sabe si habrá trigo ó no lo habrá, que ha de ser uno ó otro al cabo, al cabo. Pues, que lo haya de haber que no, ¿para qué es trabajar y sembrar? Porque, si lo ha de haber, ¿para qué se trabaja en sementeras? y si no, mucho menos. Pero el cuerdo responde que lo habrá si sembrares, y si no, no; y eso se responde á lo que sabe Dios. Pero entrado mas adelante al secreto de la predestinacion, porque dice eleccion de Dios para los que se han de salvar, pone los hombres en mas cuidado, ¿qué se yo si soy de los escogidos ó de los despedidos y reprobados? Si todos hiciésemos esa cuenta, no habria hombre consolado ni esforzado para obrar. El consuelo es que en mi mano está el salvarme; porque por una parte yo leo que Dios no quiere la muerte del pecador,

y que así lo tiene, no solo dicho de su boca, que esto sobra, sino jurado por los profetas; leo que quiere que todos se salven, leo que en cualquiera hora que gimiere el pecador no se acordará Dios de sus pecados, por muchos y graves que sean; y si no se acuerda, no le condenará por ellos, que eso es no acordarse; leo que no tiene Dios acepción de personas, sino que en cualquier gente el que hace su voluntad es su amigo y con derecho á la vida eterna; leo en san Pedro que Dios usa de paciencia con los pecadores, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan á él por la penitencia; y que el que venciere no le borrará del libro de la vida, y otros mil lugares que para declarar su voluntad y deseo hizo poner en la sagrada Escritura y predicarlo á los predicadores. Por otra parte, veo mi libertad y facilidad del camino por do se alcanza la gloria, y creo el favor para vencer la dificultad. Para esto hay libertad en mí y licencia, y aun deseo de Dios, y aun amenazas si no lo procuro; ¿qué se me da á mí de sus secretos eternos, que ni entiendo ni él quiso que yo entendiese? Todo esto nos enseñó aquella santa mujer Sara, mujer de Tobías, en aquella devota oración que hizo á Dios, donde entre otras dice estas palabras: Señor, no está en nuestra mano vuestro eterno consejo; pero esto tiene por cierto el que te conoce y sirve, que si su vida estuviere en probación (que es en exámen y aprobación) será coronada, si en tribulación estuviere será librada, y si estuviere en pecados y penitencia, tiene licencia y podrá venir á tu misericordia. Esta es la cuenta que el cristiano ha de hacer. Yo no sé, ni me pertenece saber, el consejo de Dios cerca de los bienaventurados, sino procurar yo de ser uno dellos por el camino que la fe me enseña, y este es confiar en Dios, que me premiará mis obras y me librará de mis tribulaciones y me perdonará mis pecados si hiciere penitencia, y tras esto, obrar guardando en todo su ley; si esto hay será salvo; ¿qué se me da á mí de todo lo que él no dijo ni yo entiendo? Yo veo que él lo promete y puede cumplirlo, y debe á quien es no faltar en lo que promete y jura; veo que puedo cumplir con su gracia lo que me manda, y sé que el día de la cuenta no dice que me condenará porque no me predestinó, sino porque no obré lo que me mandó; ni que me salvará solo por ser predestinado, aunque esto es necesario serlo, sino por las obras que hobiere hecho; lo demás ¿qué importa para lo que yo tengo de hacer? Y cuando venga el fin de tu vida, si has sido malo y quebrantado su santa ley, no tienes que quejarte que no te predestinaron. Si guardaste bien esta y mueres en amistad de Dios, sin duda recibirás en premio la gloria. Y cuando, habiendo hecho todo esto, se pudiese creer ó imaginar de tan buen Dios que no cumpliera su palabra y te condenase; ¿qué mas gloria y satisfacción desearas que haber convencido á Dios que hiciste tú el deber, aunque él no te lo premiase? Cuanto mas que, no solo es fidelísimo aquel Señor en cumplir su palabra en favor del que á él se convierte, mas si alguna parece haber quebrantado, es la que significa amenaza y castigo, aunque no traiga condicion de penitencia, sino que se haya pronunciado la sentencia sin esa condicion; cuyo ejemplo es de los de Ninive, aunque no se les predicó que hiciesen penitencia, sino llama-

mente que habian de ser destruidos, los perdonó Dios, y aun reprehendió al Profeta porque volvía por la honra de su palabra y profecía, porque no la mostraba estimar Dios en tanto cuanto perdonar los pecadores arrepentidos. Y habiendo dicho en el Evangelio resolutamente que quien le negase delante de los hombres él le negaría delante su Padre, cuando san Pedro le negó la noche de la pasión, no solo le perdonó haciendo penitencia, mas aun le miró para que la hiciese; mira cuán lejos está Dios de cerrarte la puerta del cielo y enviarte tu gloria, pues por tantos caminos te la busca. Y si no, dame uno que haya hecho el deber, que no haya sido premiado, ó ¿qué fruto sacaría Dios de no querer llevarte á su gloria si la mereciste, habiéndote dado tantas palabras y convidado con tantos halagos y promesas?

Y porque de todas partes tengas consuelo, puedes pensar que eres del número de los predestinados, aunque Dios te revelase lo contrario, que entonces habias de entender que era ó amenaza ó otra cosa que no te cortase las esperanzas del cielo; pero los que nacemos y nos criamos con la leche de la Iglesia y perseveramos en ella con firme voluntad, mayormente los que con deseo oímos la palabra de Dios y continuamos sus sacramentos, los que padecemos trabajos con paciencia y andamos solícitos de nuestra salud, gran confianza hemos de tener que somos de los escogidos. Y para tener esto por algun consuelo, basta ser opinion de algunos graves doctores; que aunque de todos los hombres del mundo los menos son los que se salvan, pero de los fieles que están dentro de la Iglesia los menos son los que se condenan. Esta opinion parece tener el bienaventurado san Juan Damasceno, aunque habla con alguna oscuridad; tiénela Silvestro en la *Rosa áurea* por probable, y el doctísimo maestro fray Francisco de Cristo, agustino, catedrático de Coimbra; Cartagena en sus discursos, y otros. Y dejadas otras razones que ellos traen, la experiencia nos enseña que entre cristianos los mas son los que mueren confesando á Dios y pidiéndole misericordia y perdón de sus pecados, pidiendo y recibiendo los santos sacramentos con señales de dolor de haber ofendido á Dios, á lo menos cual se requiere, y basta con el sacramento de la penitencia que reciben y los demás; y por otra parte, vemos ser muy pocos los que mueren con señales de condenación, ni son muchos los que mueren súbitamente ni blasfemando, sino los que no mueren en su juicio. De donde se conjetura piadosamente que deben ser entre cristianos los mas los que se salvan y los menos los que se condenan. Lo cual parece tambien por esta comparación: cuando se levanta una obra de un gran templo (como la que agora se levanta en el de Granada, donde esto se escribe), para el cual se labra mucho material de piedra y madera, al que preguntase de qué piedra ó madera se habia de hacer aquel templo, cualquiera podría responder que aquellas piedras y maderos que allí se están labrando se han escogido y traído para eso, aunque algunas saldrán quebradas y algunos de los maderos podridos, aunque los menos; pero que la piedra y madera que faltaba para acabar aquella obra, no sabe de qué pinares ó canteras se habia de traer. Así podemos pensar que to-

dos los cristianos nos estamos labrando para ser piedras del edificio de aquella ciudad santa de Jerusalem, la del cielo, en el taller de la Iglesia (como ella canta en un himno), con ayunos, oraciones, diciplinas, sacramentos, afliciones y trabajos, y que algunos saldrán quebrados ó podridos, inútiles, aunque los menos, y así, no se salvarán; y que los que Dios tiene por traer á su Iglesia de fuera della, no sabemos quién ni cuántos, ni si serán de las Indias ó de los judíos ó de los moros, porque este secreto para sí le tiene reservado. Este consuelo, aunque se funda en sola opinion, no deja de ser de algun alivio y consuelo para el cristiano que deste pensamiento suele melancolizarse, siquiera pensar que hay algun doctor que así lo sienta; pero no por eso tomes tú de aquí ocasion para dar en otro extremo de demasiada confianza y flojedad; antes, en medio de los temores y confianzas demasadas, procura hacer buenas obras, porque sin ellas no podrás alcanzar el fin de la predestinación en que así confiaras; siguiendo el consejo del apóstol san Pedro cuando dice: Hermanos, trabajad de hacer, mediante las buenas obras, cierta vuestra vocación y predestinación. En las cuales palabras, para quitar tu melancolía, habla contigo y con todos de su predestinación sin diferencia; y para corregir la demasiada confianza, dice que trabajes de aseguralla con buenas obras.

DISCURSO XI.

Del consuelo en el último y mas terrible trance y trabajo, que es la muerte.

Llegado hemos al mayor mal de los males de pena desta vida, para quien parece hallar un hombre cerradas todas las puertas del consuelo, que es la muerte; porque si á los menores y particulares hemos buscado los suyos, si la muerte del deudo ó amigo requiere consuelo, ¿qué hará la propia, que duele mas? Si la ceguedad, destierro, pobreza, enfermedad, ¿qué será donde se junta todo, pues todo lo de acá se acaba con la muerte? Por eso la pusimos entre los demás trabajos que requieren consuelo, pues ella lo es tan grande, que, no solo la misma muerte, que esta no tiene acá consuelo, pues luego se le ha de dar en ella ó perder la esperanza dél para siempre, sino la memoria sola de que hemos de morir; y esto no para cualquier memoria, pues aunque cada dia nos la despierte Dios con todas las cosas que se acaban y con la muerte de otros, que para eso ordenó su providencia que no muriésemos todos juntos, porque unos á otros nos tirásemos de la falda, la Iglesia con sus oficios y campanas, y el cielo y la naturaleza con sus movimientos, generaciones y corrupciones; con todo eso, hay tan poco desconsuelo con este pensamiento, que mas necesidad tiene el mundo de espantos nuevos, y de atemorizar y melancolizar á los hombres y sacarlos de su desprecio y olvido que de consolallos; lo cual en los primeros años de la Iglesia era muy al revés, que el pensamiento de la muerte los paraba tristes y marchitos. Y por eso la Iglesia en las epístolas y evangelios del oficio de difuntos ponía los consuelos de la sagrada Escritura, los cuales duran hasta ahora. Así que, para estos descuidados no habia necesidad deste discurso, sino para los que en la enfermedad están des-

hauciados de los médicos ó los que tienen sentencia de muerte, que por las justicias se ha de ejecutar, porque suele á algunos tomarles este pensamiento el corazón, de suerte que apenas están atentos á lo que se les dice; cuya razon es de Eusebio Emiseno, porque al pobre pensamiento hasta entonces no le han dejado decir su razon los negocios del mundo, y agora, como ellos se fueron, se apodera del corazón á su placer, y parece que deja, en entrando, atrancadas las puertas para que no pueda otro entrar, aunque sea de consejo y traza para hacer lo que conviene; el cual es de tanta fuerza, que en una noche se ha visto encanecer un caballero que otro dia habia de morir degollado, y un ahorcado hubo (dice san Juan Crisóstomo) que, librado de la muerte, después juró que no daría señas por qué calles le habian llevado ni si habia encontrado gente, etc.: tan enajenado iba cuando lo llevaban á morir; y no hay que buscar ejemplos, pues el Redentor del mundo, con el pensamiento de lo que otro dia habia de pasar, se quiso necesitar, lleno de temor y tristeza, del consuelo de un ángel y de sus discípulos, que aquella hora dormían descuidados, no teniendo tantas causas como nosotros de temer y desconsolarse aun en cuanto hombre; las cuales serán bien que digamos, para que mas cumplido se dé después el consuelo.

§. I.

De cuatro razones de desconsuelo que suelen mover á tristeza á los que mueren.

No todos en la muerte tienen la misma razon de desconsuelo: unos tienen unas, otros otras, otros todas; unos hay que ponen los ojos en que se ven deshacer el compuesto de su persona, dado que el alma no se deshaga ni muera; pero el cuerpo va á ser podrido y manjar de gusanos, que es una pena natural que todas las cosas tienen y la huyen, aunque no sean sensibles, y esta es la razon de que todas las cosas, cada una en su tanto, procura su conservación, como Ciceron dice; pero mas el hombre, que conoce su ser y su dignidad, y como en él están todas las naturalezas criadas, así espirituales como corporales, pues entiende con los ángeles, siente con los animales y crece con las plantas, y tiene cuerpo con las piedras, etc.; y todo con mas perfección que fuera dél está; porque esta les viene de la compañía con el entendimiento. Cosa es que da parte de melancolía pensar que se deshace, como yo vi á un gran médico con ella, por esta razon, al tiempo de su muerte. Fuera de eso, aquella tan dulce y tan antigua compañía de cuerpo y alma, que tan juntos han andado desde la niñez, tan concertados y tan á una, que ambos trabajan cada uno por su parte por conservarse juntos, y no solo los hombres, que gustan de esta vida con olvido de la otra; pero los santos, que saben sus peleas y que son dos tan contrarias naturalezas. San Pablo, con saber que si se deshace esta casa de tierra tenemos otra en los cielos, no hecha por manos de hombres, sabiendo cuánta pena le daba vivir en este cuerpo, que sentía otra ley repugnante á la de su alma, etc., que se le iba á las barbas; con todo, dice que no queria que le desnudasen, sino que le vistiesen la otra sobre esta vida: tanto lo temía; y no es mucho que dos naturalezas, aunque

sean tan contrarias, tengan este sentimiento de apartarse, pues dos bueyes le tienen que han arado juntos, y dos caballos ó mulas que han servido juntos á un señor. Al fin, no hay nadie que no tenga experiencia de la fuerza que tiene una larga compañía, aunque naturalmente no se haya juntado, como esta, sino acaso, cuanto mas las dos que han vivido juntas tantos años; de lo cual es señal cuando una cuchillada, por pequeña que sea, en un dedo, lo que duele aquella pequeña division y apartamiento.

Otros hay que sienten la muerte por el amor que tienen á lo que acá dejan: mujer, hijos, amigos, oficio, hacienda, que muchas veces dejan, cuando mas contento tienen, á su pesar; aunque algunas veces dan á entender, ó el demonio los engaña, que lo sienten por piedad de la soledad de la mujer, de la crianza de los hijos pequeños, etc.; pero realmente es engaño, que no es sino el arrancarse ellos de lo que tantas raíces tiene en el corazón, como acaece en un árbol que está muy arraigado, como una encina vieja que ha echado tan largas y hondas raíces, que atraviesan los caminos, que para arrancalla de cuajo se juntan muchos hombres, y con sogas, gritos, fuerzas, cortadas por mil partes las raíces, de lo cual, si tuviera sentido, diera el árbol mil gritos de dolor, y al cabo con gran maña y fuerza, con dificultad sale de raíz, y con todo lleva tras sí gran parte de tierra; lo cual no hace una lechuga, que, asida de un niño, sale luego, porque no estaba muy arraigada.

Otros sienten la muerte por algun escrúpulo de conciencia de algun pecadillo ó mala raíz, que siempre trae allí pegada, que, aunque toda la vida no perdona este pesquisidor terrible, pero mas en aquel punto; porque, como san Juan Crisóstomo dice, es un alcalde que Dios tiene en nuestra alma, que es muy parecido al mismo Dios; porque, aunque no siempre nos trae á juicio, pero la mayor parte de la vida nos trae, porque lo demás sería insufrible tormento; pero nunca se despidió de nosotros, antes lo mas del tiempo nos está acusando y ella se trae los testigos, antes ella lo es millon dellos, como el réfran latino dice; y no solo cuando hacemos el pecado ni solo por habelle hecho, sino cuando otro oímos ó vemos que le cometió, nos atormenta, y cuando por el suyo castiga Dios ó la justicia á otro padecemos tormento por el nuestro. Juez sin doblar su vara, que ni sirven dones ni ruegos; todo es como el mismo Dios. Así que, si un padre riñe á su hijo muchas veces y le castiga y no aprovecha, al fin le echa de casa, y con eso se acaba; pero este juez riguroso, aunque cada dia nos amonesta y nos remuerde, nunca nos echa de sí ni se va hasta la muerte, antes entonces es cuando mas dolor y mas priesa y mas tormento da, como ve que se llega la hora de ejecutarse la sentencia con que nos ha toda la vida amenazado, porque en el resto della, parte con el descuido, parte con el regalo, parte con los plazos largos que el hombre se promete, no atormenta tanto como entonces, que todo va trocándose; así como cuando estando la caña del pescador á la orilla del rio con una carretilla de sedal muy largo, si pica un pez grande y se traga el anzuelo, no le siente mucho ni siempre, sino poco y de cuando en cuando, con las fuerzas que tiene y con la larga cuerda que alcanza, y

con la libertad que experimenta por todo cuanto alcanza el rio; pero al cabo, cuando las fuerzas le faltan y le va llegando á la orilla, la cauta mano del pescador, cuando ya tiene mas fuerza el que tira que el pez para resistir, entonces comienza á sentir lo que el engaño antes le encubria; así, cuando el demonio pone en el corazón de un hombre descuidado algun anzuelo de codicia, envidia, venganza ó deshonestidad, el cual tenga envuelto en algun miserable contento, con la libertad que experimenta y algunas obras buenas que hace, y algunos pensamientos buenos que tiene sabrosos y con la larga vida que se promete, aunque alguna vez le remuerde la conciencia, no hace mucho caso, hasta que se ve sin fuerzas y con gravísima dificultad de salir dello, y traído por la fuerza de la muerte, entonces comienza á sentir dolor y tristeza incomparable y desconsuelo grande de la prisa que le dan, y de la poca que para salir de aquel enredo ve que él puede darse.

Otros hay, y desto pocos se escapan, que, aunque no sientan en su alma estorbo ni escrúpulo de los que agora decíamos, pero temen un paso tan peligroso como aquel, considerando cuán gran mudanza es aquella en que se deja atrás el mundo, toda la vida pasada y todas sus cosas para no vellas mas; no mas luz ni mas hombres ni oficios ni pleitos, no mas caminos ni ciudades ni tratos ni conversaciones, y lo que mas es, no mas templos, confesiones, comuniones, jubileos, campanas, sermones, sacramentos. Esto es lo que decia en su cántico el rey Ezequías: Ya no veré mas los hombres. Y cuando piensa que de ahí á poco se ha de comenzar á andar por otra region no conocida ni aun considerada, antes aborrecida y olvidada, donde no le han de valer sus trazas, favores, ni mañas ni mentiras, ni hacienda ni dinero, ni otras cosas en que confiaba y con que se apadrinaba cuando vivia, y que todo cuanto ha hecho y pensado ha de ser allí cernido, relatado y juzgado por quien nada se le esconde, ni cosa, por menuda que sea, ha de dejar de traer á juicio, y que de allí ha de resultar gloria ó infierno para siempre, ni haber en esto medio, ni valer lágrimas ni ruegos ni aun favores, que todo se queda atrás, y que de lo que de allí resultare no ha de haber mudanza ni quiebra mientras Dios fuere Dios, y que no sabemos qué suerte destas le ha de caber, y que antes hay que temer por el tropel de pecados que allí se ofrecen á la memoria, aunque no son todos los que están frescos á la de Dios; y que dice el Sabio que hay un camino que parece al hombre justo, cuyo paradero es la muerte, etc., y que la vida se ha pasado con descuido y aun desprecio, sin querer salir de la ignorancia de tantas cosas como para aquella hora era necesario haber proveído; no es posible dejar de atormentar el alma un extraordinario desconsuelo que la congoje vehementísimamente. Ejemplo sea Jacob cuando supo que su hermano salia á él con cuarenta hombres, el cual sabia que estaba con él muy enojado, comenzó á temer de sus hijos y mujer y de sí mismo, y comenzó á pensar de enviarse presentes y á volverse á Dios con gran devoción y lágrimas: Señor, yo soy menos que vuestras misericordias y menos que cuantas palabras me habeis cumplido; libradme, Señor, de las manos de mi hermano, que le tengo grandísimo miedo,

porque no venga y me destruya á mí y á mis hijos y mujer; y al cabo, confortado con la divina vision y bendicion, llegó al hermano con nueva cortesía humillado; postróse siete veces delante dél en tierra para ablandar y amansar el ánimo de su hermano con estas humildades nunca oidas. Pues agora cotejemos peligro con peligro, negocio con negocio y persona con persona; habia Jacob ofendido á su hermano una sola vez, si se puede llamar aquella ofensa; tú á Dios infinitas veces, que es Señor de tanta majestad; Esaú podia matar solo el cuerpo acá, Dios todo y enviarte al infierno; ¿qué tiene que ver su miedo con este, quedándole el presente? Y no queriéndole, dice que no tiene necesidad sino de su gracia. ¿Qué será del que tiene allí las llaves de vida y muerte? Pues este es el miedo de que ningun pecador se escapa ni halla consuelo para esta congoja, y este es el que dijo san Agaton del con que moria á sus discípulos. De manera que por una ó otra razon destas cuatro, ó por dos ó tres, ó todas juntas, sin otras muchas que á ellas se reducen, no hay hombre que muera regularmente sin desconsuelo.

§. II.

De los consuelos para estas congojas.

El mejor remedio para tener consuelo en estos trances, si los hombres quisiesen, es buscallo con tiempo, apercibiéndose de buena vida mientras hay salud, y prevenirse de espacio de lo que entonces se requiere y no se les concede, y esto se haria viviendo siempre para morir, esto es decir que se encaminen todas las obras á asegurar y alegrar aquella hora, como si hobiese de venir mañana. ¡Oh cuántas liciones desto has tenido en los temores de tus enfermedades! ¡Qué arrepentimiento del tiempo perdido, qué deseos de escapar para hacer penitencia, qué propósitos que salen pronunciados, con despecho de la enmienda de la vida, de despreciar, no solo lo que á Dios ofende, sino lo que no le sirve, salidos del desengaño que allí aprendiste! Sino que, salido del potro como vil esclavo, tornas á decir que lo hiciste de temor y que bueno es el mundo. ¡Oh si viviésemos siempre con aquella atencion y determinacion de servir á Dios, y esa vida que allí deseamos no la desperdiçásemos tan pródigamente, sino que viviésemos de tal arte y fuésemos tales cuales en aquella hora querriamos ser hallados; que al fin una vez que otra te ha de negar Dios el plazo, y quedarás por ventura burlado con la peor burla que te puedes hacer y mas pernicioso. El bienaventurado san Juan Crisóstomo dice que eso quiso decir el Señor cuando dice: Quien quisiere seguirme niéguese á sí mismo y tome su cruz á cuestras y sígame. Dice el Santo: No quiere decir que tomemos el madero á los hombros, sino que muramos cada dia y hagamos cuenta en la mañana que á la tarde ha de ser nuestro fin; como el ajusticiado, que no tiene cuenta con mundo ni gente, sino con solo mirar al Cristo que lleva en las manos, al confesor que le va aconsejando lo que ha de hacer; que es decir que ordenemos la vida como la ordenamos en el deseo y propósito á la hora que tanto la deseamos buena. Así que, con este cuidado en la vida, sobraría consuelo al tiempo del salir della; como lo

han tenido y mostrado muchas personas religiosas, aun en nuestros tiempos, fuera de la gran alegría de los santos, con que han dado el espíritu á Dios, porque trocaron, aunque barato, todo el contento y consuelo de la vida por aquel breve de la muerte, que no por eso es menos precioso, porque en quilates excede á cuanto se ha podido tener con cuantos deleites, mandos y tesoros pueden en la tierra desearse ni imaginarse.

Pero ya que, ó por llegar tarde este consejo, ó por que llegando á tiempo no fué recibido, pondrémos aquí los consuelos que se ofrecieren. Lo primero, el que le duele por ver que se deshace una criatura tan noble como el hombre, en quien se encierran todas las naturalezas con mas nobleza por la compañía del entendimiento, acuérdesse que, así como se encierran todas ellas en el hombre, así se encierran las miserias de todas ellas; porque, así como está en él la naturaleza corporal de la piedra, así lo está su pesadumbre, si el crecer de las plantas, así está su corrupcion y muerte, y como está el sentir de los animales, así está sus furias y pasiones. Esto es lo que David dice: El hombre es todas las vanidades juntas en su mas felice estado; y aun la naturaleza del hombre, en que comunica con los ángeles, que es el entendimiento, tiene sus imperfecciones, porque en esta vida entiende por discursos y errores y con dependencia de los sentidos del cuerpo; las cuales miserias tambien se acaban con el sugeto que todas las encierra; y que este acabarse, no es acabarse, sino mejorarse, porque el alma queda bienaventurada sin aqueas imperfecciones de su entender, y el cuerpo sin las que con las demás cosas comunica la mejora de alma y cuerpo, cuanto al saber, gozar, etc.; y los cuatro dotes pone san Pablo juntos; lo cual hace para consolar los tristes por esta razon de la muerte. Así que, como son para mejorarse, no debe tener desconsuelo. Que cuando un hombre tiene un jarro viejo de plata, sucio y gastado, y abollado y agujereado, él mismo le lleva al platero y se lo paga porque le funda y se le renueva; y si el jarro tuviera juicio se holgara y se lo agradeciera; porque, aunque le quitó y deshizo la primera hechura, le quitó la fealdad y faltas, y le dejó hermoso y sin ellas. Ni dejar la compañía debe desconsolar cuando es para juntarse mejor y sin daño ni temor de apartarse, como acá se apartan por este respetó los casados que mas se quieren. No se quita por eso el sentimiento, pero mitígame con esta esperanza y consideracion; mayormente que entonces ordenó Dios que estas miserias y pesadumbres del cuerpo y dolores y achaques se sintiesen mas en aquel tiempo, porque con menos pena se dejase la vida que tantas tiene.

Si el desconsuelo y pena es por el amor que tienes á lo que dejas, si el título y sobreescrito es de piedad y verdadero, mas fácil será el consuelo; pero suele ser tentacion del demonio para ocuparte el pensamiento con buen color de que no te receles, para que no trates de lo que mas te importa para la salud de tu alma en aquel trance, donde es menester doblar el cuidado, pues el demonio le tresdobra, por ser la llave de todo el proceso de la vida y la importancia de tu salvacion ó condenacion, si hubiere descuido ó falta; pero, sea ó no sea el título verdadero, es necesario salir presto dél. Lo

primero, porque de cuanto te fatigares por eso ningún fruto se saca mas que esa fatiga; porque, ordenadas bien las cosas cerca de lo que queda, no ha de haber mas así que así porque tú te mates ni congojes. Lo segundo, piensa que de todo eso que llevas cuidado queda encargado el Padre de los huérfanos y el Juez de las viudas; solo los encomienda á él, y cuida de tu ánima, imitando al mismo Señor, que, para tu ejemplo, después de la cena el día que murió, aunque tenía tanto amor á sus discípulos, que para apartarse dellos un tiro de piedra, dice que se arrancó de ellos por este término, para significar su amor; pero no hizo mas de encomendarnos á su Padre después de la cena, y tratar sus negocios de la muerte y redencion del mundo; así haz tú á tus hijos y casa; el cual tiene de todas las cosas tan gran providencia, que tiene contados los cabellos de cada uno; pues ¿qué será (como san Agustín dice) de sus ánimas, de su sustento y de su remedio? Así que, como san Pedro dice, echa todo el cuidado en este Señor, sin quedarte ninguno de esos que agora te le dan, porque él tiene tanto cuidado dellos, que con ninguno que tú tengas ni te congojes puedes proveer tan bien lo que cerca dellos deseas, como con encomendárselos. Allende desto, pues de Dios recibiste estas cosas, ya es tiempo que se las vuelvas, pues es él que te las pide y aparta dellas. Desnudo naciste, y sabes que desnudo has de salir desta vida; procura de dejar carga tan pesada y que tanto estorba á tan estrecho camino, que podría ser no poder pasar con estos cuidados su angustura; mira á Jesucristo, que desnudo muere en una cruz, sin cuidado de cosa temporal; mira á Job, que contento padece, diciendo las palabras que agora te dije. Santa Marta se mandó poner descubierto el cielo y sobre ceniza para dar su espíritu, san Martín se mandó poner en tierra, diciendo que esta era muerte de cristianos, y lo mismo hizo san Francisco desnudo en tierra; san Luis, rey de Francia, en el suelo sobre ceniza y extendidos los brazos á modo de cruz; de los cuales y otros muchos ejemplos de santos se toma la santa costumbre que la orden de san Agustín tiene cuando muere un religioso, que en testimonio de su pobreza que profesó, y que libros, cama y vestidos y lo demás tenía con licencia y á uso, por mano y licencia de su prelado, antes que muera, y ayudándolo él mesmo, se le hace inventario de lo que tiene en su celda, sin quedar un alfiler; y parte dello se lleva luego á do el prior manda, y allí protesta el defunto ó enfermo que ninguna cosa de aquellas es suya, y que muere pobre de Jesucristo, sin quedarle aun mortaja con que le hayan de enterrar, la cual, después de muerto se provee; solo queda con sus buenas obras, y con esto muere con grandísimo consuelo y le deja á todos los religiosos circunstantes. Pues cuando no uses tú desta ceremonia ó declaracion, porque no conviene con tu estado, á lo menos desnuda tu memoria y pensamiento de todo lo que no es Dios, para que solo su deseo te dé cuidado, olvidando todo lo que no es él, ora sean hijos, ora oficios, ora aficiones, ora riquezas, entendiendo que todo aquello te fué dado para instrumento y ayuda de alcanzar á Dios en vida, y no para estorbártelo en la muerte; y esto te será ocasion de grandísimo consuelo y de no menor merecimiento,

y de facilidad para restituir lo que debes y repartir alegremente lo que no debes.

Cuando el desconsuelo nace de la conciencia no se le puede dar consuelo debajo del cielo, porque no es de los jueces que se aplacan, como deciamos, con ruegos, ni de los que se olvidan ni de los que se cohechan; pero puede darse remedio, y este sea: Que si lo que inquieta es cosa ligera, que suelen llamar escrúpulo, fácil es de desechar con consejo del confesor; pero ni hablamos de eso, ni creo que en aquel tiempo desasosiegan escrúpulos ni niñerías; porque yo he visto muy desasosegados escrupulosos que al tiempo de la muerte parten sosegadíssimos y alegres; lo cual entiendo que es galardón de Dios, en pago de lo que por su temor le afligieron cuando vivian; porque algunos escrúpulos, aunque otros nacen de soberbia y necedad, pero otros de enfermedad y de temor de Dios; en los cuales padece una persona como otras con otros trabajos; y si los llevan con paciencia, aquella inquietud y deseo de no ofendelle les paga Dios con la quietud de la muerte; así que, pocas veces creo que será de aquí este desconsuelo, sino de algo que con razon há dias que fatiga el corazón; de lo cual digo que, aunque no hay consuelo, pero hay remedio; y solo es salir de aquel negocio con penitencia y satisfacion toda la que hobiere lugar; y si es necesaria restitucion de fama ó de hacienda, ó lo que la muerte no diere lugar de hacer por su persona, lo deje luego en el testamento, si por personas terceras no se pudiere luego hacer ó deshacer ó emendar. De manera que con consejo del confesor haga luego ó cometa á otro ó remita al testamento lo que no puede luego cumplirse, con gran arrepentimiento de no lo haber hecho y pronta voluntad de hacerlo, si Dios le diere vida, antes que aun acabe de convalecer, en habiendo la salud que baste para ello. ¡Oh cuánto mejor se hace en tiempo della, á la primera alabada de la conciencia, cuando las cuentas se pueden hacer de espacio, las partes pueden estar presentes, la conciencia segura de que no es con violencia lo que se hace, pues al cabo, al cabo, se ha de ha de hacer mal y con desconsuelo y peligro del alma! Esto es lo que se puede aquí decir, aunque no para consuelo, sino para remedio deste temor.

§. III.

Del consuelo del general temor y congoja de la muerte.

Mas cuando el desconsuelo es el general por la total mudanza de las cosas y el peligro de las dos suertes, sin saber cuál ha de caber, de que hay muy poquitos que se escapan; pues san Pablo, tan gran santo, gastada su vida en predicar, en peregrinaciones y trabajos por Jesucristo, y con revelacion de su predestinacion, dico que no tiene escrúpulo en su conciencia ni le remuerde pecado alguno, pero que con todo eso no se tiene por justificado, porque no le ha de juzgar quien quiera, sino el mismo Señor, á quien, como él dice en otra parte, no se le esconde nada, que todas las cosas, por menudas que sean, están descubiertas á sus divinos ojos. Después que, conforme á su flaqueza y á la gracia y favor de Dios, hubiere ordenado y concertado su alma, confesado enteramente y con contricion, recibido el santo Sacramento del altar y el de la extremauncion, ó

pidiendolo con tiempo, restituido y satisfecho conforme al mandamiento del confesor, pagadas sus deudas, hechas sus limosnas y las demás cosas que la piedad cristiana le tiene enseñado y Dios nuestro Señor le inspire y los varones santos le aconsejaren, yo me atreví á darle este consuelo, que entiendo que le tendrá de la mano de Dios, mayormente si con pura fe y confianza en su misericordia se le pide; con el cual he yo conocido personas, y no de las que han vivido con mucha perfeccion, que se han hallado tan conformes con Dios y consolados, que por ninguna via trocarian su muerte con la vida, porque se hallan con ella tan consolados y sin temor, que no les parece que podrán en otro tiempo hallar aquella paz de corazón que entonces alcanzan. Allí entienden lo que el Apóstol dice, que el morir es granjería, porque es trocar una vida de penas, trabajos, peligros, pecados y sobresaltos, por una quieta, gloriosa, sosegada, sin ofensa, sin pesar, sin peligro, segura, dulce y perpetua; ¿qué mayor ganancia y granjería? Allí se truecan trabajos por descanso, que el Espíritu Santo lo mandó notificar á san Juan en su *Apocalipsi*, que de aquí adelante dice el Espíritu que descansan de sus trabajos; allí entienden cómo se acaban las lágrimas, y que Dios les espera para enjugarlas, y que ni de muertes ni penas las habrá, ni de pecados serán necesarias, porque lo uno cesará, y todo se queda acá hasta el fin del mundo, que todo lo malo y penoso bajará al infierno; lágrimas, penas, soles, fiestas, inviernos, llantos, todas habrán pasado cuando el hombre estuviere de esotra parte de la muerte. Este mundo no es otra cosa sino un almacen de trabajos. Job decía: Véome tal, que si un poco dura podré tomar solar en la sepultura y hacer mi descanso en las tinieblas, y conocer á la podre por padre y á los gusanos por madre y hermanos; en las cuales palabras dice dos cosas: la una, cuántos son los trabajos y adversidades desta vida, y cuánta prisa dan á los hombres; lo segundo, dice cómo de todos ellos es refrigerio la mesma muerte, aunque no haga mas de acaballos; y por eso dice que allí hará su cama y conocerá padre, madre y hermanos; y el refran suele decir que en la muerte hallan los justos padre y madre; y la Escritura, que toda se hizo con un espíritu, llama á la muerte holganza y sueño, que todo dice descanso; y aun el mundo en sus epitafios dice: Aquí yace Fulano, aquí descansan los huesos de Fulano. ¿Qué será cuando consideremos lo que adelante pasa después de la muerte, cuando sale Dios á recibir el ánima de su amigo con tanta fiesta, ángeles y gloria, y le pone en la posesion de la vida, á que no llega imaginacion de quien no la posee? Qué mayor consuelo que este? Sino que, como nacimos en este valle de lágrimas, vivimos contentos en él y no preciamos lo que no hemos visto. San Gregorio Niseno declara esto por comparaciones, una del niño por nacer, que de mal se le hace salir á esta luz, contento con aquella vida triste y oscura, por solo que no ha conocido otra mejor. La otra, del encarcelado que se hubiese criado en la cárcel, que se le haría de mal dejar aquella vida y compañía. En todo dice una mesma cosa; pero ¡qué alegres se hallarán el uno y el otro cuando vieren qué bien han trocado! Eso mesmo declaró Platon, fingiendo una re-

pública debajo de tierra, que contentos vivirían los moradores en aquellas tinieblas, con aquellas raíces sustentados; que contento el otro con su varilla de alcalde, el otro con sus sabandijas por ganados; pero ¿qué burla haría uno dellos de los demás, que por algun portillo se hubiese salido á este nuestro mundo? Qué diría cuando volviese? ¡Oh miserables, que contentos vivis en esta miseria! Si viédeses lo que hay aquí encima de nosotros: una república clara, la cual alumbra un sol hermosísimo, unos cielos que los cubren y unas estrellas que los hermosean; unas ciudades riquísimas, oro, plata, sedas, brocados, arcos, atavíos, manjares, hartura, fuentes, ríos, montes, huertas, florestas, etc.; ¡oh qué mundo, oh qué alegría! Ellos, como no lo pueden esto imaginar (¿quién imaginará luz y colores sin habellas visto, aunque se junten mil letrados á declarárselo?), pues así ellos no lo creerían ni trocarian su vida por la de acá arriba; pues mucho mas miserable vida es la que en este mundo vivimos, comparada con la que esperamos, y no nos basta la fe que nos lo dice ni san Pablo que la vió, y dice que no hay lengua, ni la suya, aunque lo vió, que lo pueda decir; y con todo eso, contentos con nuestro mundillo, con nuestras sabandijas y con nuestros oficios en este valle de tinieblas y lágrimas. Pues, considerado lo que va de uno á otro, ¿quién hay que, viéndose al escalon de la muerte tan llano y sin aspereza, después que el Señor la allanó con la suya, y viéndose en estado que ha hecho á su parecer lo que es en sí, no tenga gran consuelo y alegría por haber ya de pasar á la vida que la fe le enseña con mas firmeza que si la hobiese visto con sus ojos? Pues si allí es la holganza, ¿quién no la deseará? San Crisóstomo dice que el trabajador desea el fin del día, el caminante pregunta mil veces si está cerca la venta, el jornalero cuenta mil veces cuándo se cumple el año, el labrador desea el agosto, el mercader la caja y cuentas mil veces, la preñada siempre piensa en el noveno mes; y así, el justo desea la muerte, do está su fin y tesoro.

§. IV.

Conclusion de lo dicho en este discurso.

Pues si así es, ¿quién se verá en aquel trance, que no dé mil gracias á Dios por haberle llegado á él con su gracia, pudiendo haber muerto mala muerte ó repentina? Quién no extenderá agora los ojos y se pondrá en aquel aprieto para proveer lo que es necesario para evitar sus congojas? Quién no usará del remedio desde agora, que usó Jacob cuando se vió, aunque lejos, algo en el peligro de su hermano, que se previno con dones y presentes, y se puso en oracion á su Dios con grande humildad, diciendo que no merecia la menor de las misericordias que habia hecho con él y las palabras que le habia cumplido, que le librase de aquel trabajo cuando llegase la hora dél; ¿por qué no cohechéremos á Dios con limosnas, oraciones, ayunos, suspiros y otras buenas obras, pues él es al que tantas veces tenemos ofendido? Y ¿por qué no tendríamos cada dia particular oracion, rogándole que nos libre de su ira en aquella hora, poniéndole delante todas las mercedes y beneficios que nos ha hecho, y palabras que nos ha dado y cumplido, siendo nosotros gusanillos indignos del menor dellos?